

LA ADAPTACIÓN DE LA PLANIFICACIÓN AL CAMBIO CLIMÁTICO (II PARTE).

Este verano está suponiendo un punto de inflexión, entiendo que de difícil retorno, en las maneras de entender la planificación en todos los ordenes, debido a el cambio climático que estamos padeciendo, a lo que habría que añadir todo lo escrito y vivido sobre los efectos de la pandemia del Covid. Puede que algunos no lo quieran admitir, otros lo reconozcan pero no están por labor, y otros quieran seguir ordeñando los viejos tiempos pues la codicia no tiene fin, grave error. El siglo XXI ha arrancado marcando sus señas y va a ser difícil no tenerlas en cuenta. El calor ha azotado toda Europa, los incendios forestales se han extendido, la sequía se agrava, la falta de agua se convierte en una herida que exige una curación urgente, el agua del mar reclama nuestra mirada para sobrevivir, nuestras zonas costeras se ven más amenazadas, los problemas energéticos han saltado por la aires y la codicia de los imperios y de las multinacionales han descubierto una manera de generar procesos de acumulación mayores que están haciendo saltar nuestras posibilidades de bienestar e igualdad. Y esto que apenas empiezan los problemas. Podemos echar la culpa a los radicales y a los ignorantes, podemos enfadarnos o escupir al aire, pero el arreglo no va a ser tan fácil. Aunque si podemos mitigar todos estos efectos y no agravarlos.

Los científicos afirman que esto no es más que una muestra de lo que se avecina en las próximas décadas, incluso en el supuesto más optimista. Ponernos en una postura de neutralidad ya no sirve para nada, seguir en los viejos paradigmas es una opción que lo puede agravar todo más. La temperatura media sigue subiendo más allá de los actuales 1,2 grados centígrados por encima de las medias preindustriales, es probable que Europa se caliente aún más rápidamente. Las consecuencias variarán según las regiones y según las ciudades, por encima de

estos grados centígrados. El sur estará más expuesto a peligrosas olas de calor, sequías e incendios forestales, mientras en otras partes el aumento de las precipitaciones y de las inundaciones arrasará las cosechas y generará problemas graves en las zonas urbanas y desastres en los campos.

Hace tiempo que vengo reclamando una mirada distinta sobre las ciudades y sobre la naturaleza. Se agravó con la pandemia y ahora vuelvo a insistir en ello, con motivo de las consecuencias del cambio climático en la economía y en la formas de planificar las ciudades. Y cuando digo planificar, reclamo una revisión histórica del término, no solo tocar el armazón jurídico para que todo siga igual, es necesario aumentar la inversión en investigación y pensamiento, en la práctica de gestión pública y en la responsabilidad social de los negocios. Planificar implica regular los mercados en la dirección del bien común y planetario, no es un acto sectorial, afecta al conjunto de los territorios. La naturaleza y las ciudades conforman una unidad, una dependencia mutua exigente. Todo es naturaleza, naturaleza cultivada, ciudad renaturalizada. Y esto es urgente entenderlo no lo solo para el bienestar y la igualdad, sino para los negocios y las inversiones. Sin igualdad no habrá sostenibilidad para nada. Los problemas de la agricultura, de los bosques, de la despoblación, de la ruralidad, de las maneras de urbanizar, de las inundaciones, del mar o de la energía forman un todo y afecta a todo.

En nuestras zonas mediterráneas estos retos serán previsiblemente más severos, mientras que en los países escandinavos podrían disfrutar de ligeros beneficios netos gracias al aumento de los suministros energéticos y las cosechas agrícolas. Estos cambios ya están afectando y lo van hacer más al crecimiento económico y a nuestra propia existencia. De esta manera, las brechas climáticas y tecnológicas van a forzar las líneas divisorias y las desigualdades actualmente existentes, que ya son muchas y complejas, debido a los cambios laborales y tecnológicos.

No nos queda otra opción que evitar los peores pronósticos, abandonar la neutralidad, adaptarnos, a estos hechos inevitables. Todos los esfuerzos, análisis, estudios, campañas, cambios en nuestras inversiones, y estrategias en adaptarnos serán rentables. La sostenibilidad no es un lema publicitario sino una urgencia, y supone un cambio hacia otro modelo de planificación. Planificar e invertir en investigación sobre las nuevas maneras que debemos optar para enfrentarnos a estos retos es urgente. Necesitamos crear áreas verdes, bosques, corredores, cinturones verdes, agriculturas urbanas que refresquen nuestras ciudades, más números de equipamientos y servicios colectivos con mayor amplitud y capacidad; nuevas formas de diseñar los barrios, y de remodelar los actuales, cambiar los actuales modelos sectarios, a modelos más porosos, en donde la naturaleza se incorpore a la ciudad y la ciudad a la ruralidad.

El fragmento, la diversidad, es consustancial a la planificación, pero la fragmentación no, la fragmentación aumenta la desigualdad y limita nuestra forma de pensamiento. El fragmento es ciudad, es naturaleza, la fragmentación es la negación de ello.

Tenemos que aumentar nuestra investigación para adaptar la organización de la planificación, la gestión, sea urbana, forestal o agrícola a climas más cálidos, así como apoyar al diseño de hogares y servicios colectivos para que incorporen elementos constructivos de refrigeración más eficientes. Se calcula que las necesidades de inversión en adaptación por año van a ascender a entre el 0,2% y el 3,5% del PIB en la Unión Europea.

Nuestros esfuerzos en adaptación y en investigación al cambio de los modelos se están quedando cortos. En parte porque nuestras prioridades de gasto no quedan claras, compiten unas con otras y con nuestros limitados medios. Necesitamos abandonar esta neutralidad, las continuas contradicciones, ese continuo de ir hacia adelante y hacia atrás. Para planificar e

implementar la adaptación nos hacen falta muchos conocimientos y experiencias, y extenderlos en todos los órdenes. Poner recursos humanos y financieros en investigación que faciliten la adaptación de los modelos. No es solo cuestión de grandes estrategias mundiales, las acciones locales, el valor intrínseco de estas, el hacer cotidiano, tiene un valor incalculable. El valor de lo local, la inversión en planificación local, la eficiencia de lo público en la Administración Local, tiene un impacto que no puede abandonarse por otras escalas mayores. Todo no se puede dejar a directivas europeas o nacionales, lo local debe desarrollar herramientas y políticas que se adapten a estas circunstancias y que den respuesta a las emergencias que este verano nos está dejando con más claridad si cabe. No podemos seguir solo actuando sobre las catástrofes, sino también tenemos que planificar sobre las previsiones. Aprender a gestionar problemas comunes de riesgos, sean agrícolas, de desarrollo rural o de planificación urbana es urgente.

Hay tres elementos que son cruciales. En primer lugar, adaptar todas nuestras políticas territoriales, tanto las de regulación urbana y económica, hasta las de financiación e investigación. En segundo lugar, los fondos destinados a las políticas territoriales, sean agrícolas, de consumo, urbanos o de protección de la naturaleza tienen que reorientarse para que sean más resilientes ante el estrés climático y la salud. Los fondos para la cohesión podrían ser especialmente importantes para apoyar a las regiones más afectadas. Por último, crear mecanismos de planificación no solo contra las grandes catástrofes provocadas por el cambio climático, sino para incorporar modelos de previsión y de riesgo. Ya hablé en el anterior artículo de los modelos de riesgo. Estos mecanismos deben priorizar el gasto y los negocios a los objetivos de adaptación. Actualmente nuestros instrumentos son débiles y no vinculantes, no son claros, son poco creíbles, y forman parte de directivas de adaptación nacional, sin ninguna traslación a lo local.

Estos tres pasos aliviarían algunas de las actuales preocupaciones y mejorarían nuestro bienestar. Harían nuestros modelos más creíbles. Por último, no podemos olvidar que esta adaptación debe ir más allá de nuestras fronteras, y comprometernos a financiar la adaptación en los países en desarrollo de nuestro entorno, regular los procesos migratorios, y cooperar al desarrollo y el bienestar de los países vecinos. No podemos permitirnos perder de vista los retos del siglo XXI, ni la importancia generacional del cambio climático.

VICENTE SEGUÍ PÉREZ (ECONOMISTA, URBANISTA, ESCRITOR)